



INTRODUCCIÓN

LA PRUEBA DE QUE EXISTEN

Solía pensar hasta hace poco en lo difícil que era encontrar héroes de verdad, grandes héroes, estos días. Dadas las condiciones globales actuales cambié de opinión. Y heos aquí. Es imposible para mí recordar cuándo fue la primera vez que escuché la palabra «héroe». Quizá, si bien ahora no podría asegurarlo, fue durante la primaria. En la cátedra de historia los maestros ilustran sobre hombres que (en algunos casos) murieron con valentía en la batalla por la libertad de su nación, o por sus convicciones acerca del bien común, eso que hoy en día llamamos «derechos humanos»; admirables hazañas enmarcadas en la historia, que jamás serían olvidadas, pero ocurridas muchísimo tiempo atrás.

¿Todavía existen los héroes?

No, no me refiero a ninguno de los personajes de comic manados de la sorprendente capacidad imaginativa de Stan Lee. Por si te lo preguntas. (Pensándolo ahora, la primera vez que escuché la palabra *héroe* pudo haber sido a través de estos personajes, tampoco podría asegurar con cuál de ellos fue. En fin.) El mundo no sería más seguro si contáramos con el Capitán América o Ironman, en mi opinión, aunque más de un miserable de la vida real pondría esta afirmación en tela de juicio. ¡A ustedes, mejor escóndanse! En las páginas de esta épica colección nos hallaremos con héroes y situaciones poco convencionales. Desde héroes en curso, hasta un padre que debe salvar a su hija de malignas criaturas (los padres son los grandes héroes, hoy y siempre), incluso demonios siendo heroicos, y mucho más. En la literatura abundan, y siempre abundarán los héroes, de todas las formas, tamaños y capacidades posibles, metidos en las situaciones más insólitas, o comunes, que se le pueda ocurrir a un autor. Héroes ficticios o héroes reales, héroes improvisados, accidentales, o héroes que antes fueron villanos. Pero héroes al fin y al cabo.

Aunque veremos a héroes cumpliendo hazañas poco, o nada, comunes en las páginas de esta colección, esto no quiere decir que no existan los héroes (o situaciones extraordinarias) en la vida real. Como dije, antes solía pensar que los héroes eran demasiados escasos para notarlos. Pero estaba equivocado. «¿Existen los héroes?» Sí, existen. Siempre han estado entre nosotros. No, no son escasos. Mira alrededor. El caos impera. Un villano llegó, de

improvisado, y ha tomado las vidas de miles de personas. Habrían sido más, sin duda. «Ellos» lo impidieron. Y aún se encuentran en la gran batalla, a la vanguardia de una contienda que espero llegue pronto a su final.

Vivimos tiempos difíciles. Esto, sin embargo, ha demostrado que los héroes no escasean; están presentes, salvando vidas: sanando a enfermos, rescatando hogares, arriesgando sus propias vidas allá fuera; hay héroes, sí, en cada esquina, calle, hospital, escuela, estación de bomberos y departamento de policía, en cada nación del mundo, y ésta es una declaración de ello.

Qué disfruten la lectura.

B. J. CASTILLO
Diciembre de 2020

GRANDES HÉROES

SERGIO REQUEJO

LA HUIDA DEL VIAJERO



«El héroe, ¿nace o se hace?» Con estas palabras, Sergio Requejo, un autor de origen español, da comienzo al primer relato de esta épica colección. Requejo autopublicó en 2019 su primera novela, *Una casa sin reflejos*, con la que participó en la sexta edición del Premio Literario de Amazon y por la que lo terminé conociendo; se trata de un thriller de terror psicológico, atrayente desde la cubierta hasta la última página. Esta vez, sin embargo, el autor nos presenta una emotiva historia que él mismo califica como un relato intimista de ciencia ficción, descripción con la que no podría estar más de acuerdo. En él, el mundo se enfrenta a una catástrofe irremediable debido a un extraño fenómeno cósmico, por el que una institución envía a jóvenes talentosos al espacio, a quienes se les consideran «héroes», para hallar una explicación a la naturaleza de dicho fenómeno. Sin decir más, espero lo disfruten tanto como yo.

LA HUIDA DEL VIAJERO

El héroe, ¿nace o se hace? Esa era la primera pregunta que nos hacían a los aspirantes al entrar en la Academia de Héroes de la Estación Espacial Internacional Octaedro, creada para preparar a los futuros candidatos a salvar a la humanidad de una inminente catástrofe.

Una tormenta solar sin precedentes había arrasado nuestro sistema de telecomunicaciones, poniendo en riesgo el campo electromagnético de la Tierra. Pero la gran amenaza tomó verdadera importancia con la aparición de una fractura surgida en nuestro sistema solar y que había desafiado las leyes físicas conocidas, provocando un fenómeno inédito que puso patas arriba nuestro conocimiento sobre el universo y su comportamiento. Las raíces de esa «Grieta», que es como la llamaban entonces, se extendían sin control, llegando incluso a entrar en contacto con la superficie de la tierra y generar toda clase de desastres y alteraciones meteorológicas. Su continua e in-

controlable expansión suponía una amenaza cada vez más destructiva cuando la Tierra volvía a encontrarse con esta anomalía, de forma inevitable, en su orbitar alrededor del Sol. Cada año, la Grieta esperaba paciente la llegada de octubre para presentarse ante nuestro planeta en su perpetuo deambular cósmico y, cada año, las consecuencias volvían a ser desastrosas para una población condenada a un fatal destino. Encontrar héroes se volvió entonces la mayor, y más desesperada, prioridad de todos los gobiernos.

El examen psicológico se centraba en otro tipo de cuestiones, más versadas en indagar acerca de nuestros miedos y temores. Preguntaban si, alguna vez, habíamos resuelto alguna situación de conflicto sin usar la violencia, si nos habíamos visto involucrados en alguna situación heroica involuntaria o si habíamos percibido el desarrollo de alguna cualidad extraordinaria que nos diferenciase del resto de los humanos. Al final, remataban la prueba con una batería de preguntas tipo test, con diferentes situaciones extremas en las que debíamos responder explicando cómo actuaríamos en cada caso y el plan de acción a seguir para controlar cada una de ellas. Brand, mi hermano, me advirtió de que tuviera cuidado con la prueba porque todo el mundo solía volverse muy grandilocuente y optaba por estrategias megalómanas. Pero en el Octaedro necesitaban a gente resolutiva, de pensamiento transversal y que no guiara sus actos por lo que había visto en las películas clásicas de superhéroes.

Brand había conseguido aprobar el examen de acceso a la primera y sus consejos volvieron a mi memoria al sentarme a estudiar para preparar mi tercera, y ya última, convocatoria.

—Sé honesto y práctico —me repetía—. Déjate guiar por lo que te dicta la conciencia y la experiencia, y si de verdad eres un héroe entrarás en la academia e irás subiendo de nivel hasta alcanzar la cima.

Echaba de menos sus mensajes desde la estación espacial, pero hacía ya dos años que no sabíamos nada de él, aunque por los boletines oficiales, mi madre y yo, estábamos al tanto de sus progresos académicos. Su tenacidad y perseverancia siempre me habían dado el impulso necesario para seguir intentándolo, a pesar de mis dos fracasos anteriores. Unirme a él, para terminar con aquella amenaza que se cernía sobre nosotros desde hacía más de diez años, era mi único deseo.

—Todo es cuestión de equilibrio —me dijo Brand en uno de aquellos mensajes que llegaban puntuales cada primer domingo de mes—. Y si no apruebas... eso no significará que no seas un héroe, o que no tengas madera para convertirte en uno; si no, simplemente, que ahora mismo aún eres necesario allí en la Tierra.

Recuerdo que las palabras en sus mensajes me resultaban, a veces, impostadas y vacías. Como alguna de las expresiones que los *coaches* nos solían recitar en clase de Perpetuación de Conciencia Humana: palabras que alguien había escrito alguna vez con algún propósito y cu-

yo mensaje se había desvirtuado por completo al usarlo de manera genérica.

Después de los mensajes de Brand, mi madre siempre tenía preparado un plato de tortitas para levantarnos el ánimo y, como si de una terapia se tratase, funcionaba, haciéndome volver a mis estudios con las fuerzas renovadas.

«Ya no necesitamos soldados, necesitamos héroes», rezaba el panfleto de inscripción en la Academia del Octaedro. Cuatro años de concienzuda preparación, con gastos pagados, para sacar a la luz a los verdaderos héroes de entre una población moralmente débil y diezmada. Un programa de becas gubernamentales cuya única condición para recibir las era aprobar el «test de aptitud heroica» que tendría lugar de nuevo al acabar el verano estacional.

—Este año lo conseguiremos, Einar —me solía repetir mi compañera Tyra para animarme. La única persona en cuyas palabras podía percibir cierta dosis de honestidad.

El resto de compañeros del instituto, y también aspirantes al programa, solían intoxicar «el baluarte» con informaciones falsas sobre las pruebas de acceso y compartían bulos sobre la convocatoria para minar la moral de los opositores. Recuerdo que tuvieron que tomar medidas drásticas para controlarlo y si alguien era pillado divulgando alguna de aquellas patrañas, se le retiraba automáticamente la matrícula y posibilidad de acceder a la prueba. Nada menos heroico que hacer algo así a tus compañeros, había comentado el principal del Instituto Carrington.

ton cuando pillaron a Jarle Oak imprimiendo un comunicado falso sobre la hora y el lugar donde tendrían lugar las pruebas físicas de resistencia. Había conseguido dotar al documento de total credibilidad incorporando el logotipo estilizado del Octaedro y la firma del Ministro de Tecnología Espacial. Jarle fue expulsado del Instituto y fue obligado a trabajar en las labores de recuperación de la «zona de contacto» del año anterior.

Decidí dejar de mirar el muro y me preparé a conciencia todo el temario: los manuales que pagué con el dinero ahorrado el pasado verano en la central de logística, los apuntes que mi hermano me había confiado y que se hallaban perfectamente organizados y con acotaciones en los epígrafes más importantes, así como el anexo para la anotación de las prácticas de experiencias heroicas.

Aún no había rellenado ninguna de aquellas prácticas, por lo que, después de clase, siempre hacía el camino de regreso a casa solo y a pie para forzar encontrarme con alguna situación alejada de mi rutina que me sacara de mi nivel de conocimiento y me obligara a forjar mi aún latente faceta heroica. Pero encontrar circunstancias susceptibles de ser consideradas valerosas resultaba más difícil de lo que parecía.

—La práctica es una de las partes más importantes del programa. No solo hay que creer que uno es capaz, sino que debe saber que lo es. Y es muy importante transmitir esa misma seguridad en la entrevista personal. —No me olvidaba nunca de los consejos de manual de mi her-

mano, pero cada día que pasaba sin poner en práctica aquellos conocimientos, me ponía más ansioso.

Tyra me confesó que ya había rellenado un par de acciones heroicas para el anexo. Me contó que, durante las vacaciones del verano pasado en casa de su hermana, pudo salvar a su sobrino Hanno de morir electrocutado, cuando se anticipó a que un rayo electromagnético le alcanzara mientras jugaba con un coche metálico cerca de uno de los enchufes de la casa. Su hermana ya había perdido a una hija años atrás durante otro de los contactos de una de las raíces de la Grieta, por lo que aquel hecho fue decisivo para que todos los miembros de su familia la animasen a presentarse a la prueba de acceso.

Yo no había vivido ninguna experiencia de aquellas características y deseaba, antes de que acabara el verano, enfrentarme a alguna que me convenciera de mi validez y me diera puntos extras. Hasta ahora, mi único afán se basaba en que tanto mi padre como mi hermano se hallaban allí arriba intentando descubrir los misterios de aquella amenaza.

En uno de mis paseos nocturnos, llegué hasta el límite de la «zona de apertura». La luz eléctrica, abastecida por generadores, había vuelto a marcharse en todo el barrio con su habitual zumbido, y miré al cielo estrellado para contemplarlo en todo su esplendor. La Grieta se hacía aún más visible cuando se producían los cortes, desplegando sus tentáculos en forma de raíces eléctricas que se acercaban amenazantes a nuestro planeta. La «zona de contacto» de este año ya había sido calculada y puesta en

cuarentena. Millones de personas habían huido de sus casas ante la incipiente amenaza, sin que nadie les ofreciera una alternativa ante la inevitable fatalidad. La lotería cósmica, lo llamaban.

Y allí en el cielo nocturno, al lado de la dinámica grieta hacia la que se dirigía la tierra en su peregrinaje orbital, se vislumbraba majestuoso el Octaedro, apuntando sus vértices en dos direcciones: uno hacia nuestro planeta y otro hacia la fractura que había dividido nuestro sistema solar y que amenazaba nuestra existencia. La aparición de aquel fenómeno nos hizo sentirnos minúsculos y desprotegidos ante la imprevisible naturaleza de las manifestaciones del cosmos. La fractura había aparecido diez años atrás, cuando yo era pequeño, cuando su primer tentáculo atravesó la superficie terrestre como lo hace una aguja caliente sobre un bloque de mantequilla. Las raíces se extendían incontrolables y erráticas como las de un árbol en pleno crecimiento, y no existía avance científico, ni tecnología humana, para detenerlas o predecir su origen o comportamiento.

La fe había retenido las grietas espirituales abajo en la tierra, pero no había podido contener su expansión en el cielo. Solo nos quedaba el Octaedro como salvación. A él accedían aquellos susceptibles en convertirse en nuestros salvadores. Aquellos elegidos para atravesar la anomalía para su estudio y explorar los misterios cuánticos que albergaba la irregularidad cósmica que había hecho tambalear nuestra existencia.

Aquella noche, junto al límite, me vino a la mente la primera tarde de domingo en la que escuché aquel mismo zumbido que había provocado la oscuridad del vecindario. Mi hermano y yo jugábamos sobre la alfombra con la maqueta a escala del Curiosity mientras mi madre y mi padre miraban las noticias y hablaban en voz baja con cara de estupor.

—La última explosión solar ha causado daños irreparables en los sistemas eléctricos y de comunicaciones de medio planeta y se prevé que una nueva tormenta geomagnética alcance nuestro país en los próximos minutos. Se recomienda que apaguen todos sus dispositivos electrónicos y pongan a salvo datos...

—Como si eso fuese a servir de algo —masculló mi madre mientras se acercaba a su portátil y observaba preocupada la pantalla—. Chicos, vamos a desenchufar todos los dispositivos de la corriente eléctrica, ¿de acuerdo? La consola, la tablet... Todo lo que tengáis conectado. ¡Rápido! ¡Tenemos solo ocho minutos!

Recuerdo que corrimos veloces a nuestro cuarto ante la amenaza de que fuésemos a perder todos nuestros avances en los videojuegos.

—Cariño, ¿tienes que imprimir algo? Algún documento, fotografías... —preguntó mi madre a mi padre, que seguía observando las noticias y apretando la mandíbula, consciente de lo que suponía todo aquello—. Tendría que haber sacado en papel las fotos de los niños —continuó mi madre con la mirada perdida, como si estuviese pensando en voz alta.

—Cielo, mete los portátiles y los móviles en una caja de plástico y envuélvela entera en papel de aluminio. Yo me encargo de enterrarla en el jardín.

El teléfono móvil de mi padre sonó estridente, devolviéndolo a la realidad.

—Sí, dígame. Sí, lo estoy viendo. Por supuesto. Conozco el protocolo. Sí. No hay problema. Allí estaré.

La televisión se apagó de repente, así como las bombillas del salón. Y entonces escuché aquel zumbido.

—¿Qué pasa, mamá?

—Nada. Tranquilos.

La casa se quedó a oscuras en aquel atardecer resplandeciente. Miramos hacia el ventanal del salón y observamos en el cielo las auroras boreales que danzaban sobre nuestro limonero. Un espectáculo mágico y de una belleza insólita a la que no tardamos en acostumbrarnos.

—Tengo que irme —susurró mi padre al oído de mi madre y ella lo miró con una resignación que parecía reservada específicamente para ese momento.

Mi padre nos abrazó, pero no sabíamos lo que aquello significaba. Yo en mi inocencia le pregunté si se marchaba de nuevo al cielo y él me besó en la cabeza. Lo vi llorar por primera y última vez.

—Quiero ir al cielo contigo —le dije mientras salía por la puerta de la casa con una libreta en la mano. Pero él no se giró.

Con el recuerdo vívido de mi padre, seguí observando aquella incandescente grieta en el cielo y esperé a que algo sucediera para demostrarme a mí mismo si de ver-

dad era merecedor de subir al Octaedro. La presencia de la patrulla nocturna me disuadió de acercarme más al límite de aquella «zona de apertura», que delimitaba una franja de terreno de cien kilómetros hasta la verdaderamente peligrosa «zona de contacto», por donde aquella anomalía eléctrica había rasgado nuestro mundo el octubre anterior.

La luz volvió y la ciudad se llenó de orbes luminosos en la distancia. Las auroras comenzaron a disolverse ante la presencia del amanecer. Era hora de volver a casa y mantenerse a cubierto.

La comunicación del resultado de la prueba de acceso no se hacía de forma pública por motivos de seguridad. Cada aspirante recibía la notificación mediante la visita, en su propio domicilio, de un funcionario del Ministerio de Defensa que, junto con un notario, acreditaba la recepción del comunicado oficial de selección para el exclusivo programa de formación. Junto con el comunicado, en el que rezaba la calificación final, se hacía entrega de un manual de preparación para el ascenso, así como todo tipo de recomendaciones para comunicar la noticia a los familiares e instrucciones para conseguir llegar al día del lanzamiento en las más óptimas condiciones físicas y mentales. Todo se entregaba con la firma previa de consentimiento que te convertía, de forma inmediata, en aspirante oficial a héroe. Según las bases, la comunicación se realizaría

durante la última semana del mes de agosto, para dar comienzo el curso la primera semana de septiembre. Un mes antes del momento en el que la Grieta alcanzaba su punto más cercano al Octaedro.

Recuerdo aquella semana como la más larga de mi vida. Me enfrentaba a mi última oportunidad. Por mi edad, y número de convocatorias, ya no disponía de más opciones y si no conseguía la plaza no me quedaba otra que matricularme en el programa de estudios cuánticos para la anticipación de la zona de contacto: considerado como el premio de consolación para los aspirantes que pasaban el corte para presentarse a las pruebas, pero que se quedaban a las puertas del ascenso.

Me pasé toda la semana pegado a la puerta. Mi madre me acomodó una silla con un cojín junto a la ventana del recibidor para soportar la espera, pero seguí pasando la mayor parte del tiempo de pie: deambulando de un lado a otro del pasillo. No comía y apenas bebía para no tener que ir al baño. Podía escuchar a mis vecinos que disfrutaban de la piscina nocturna, pero no me importaba. Estaban resultando ser unas noches calurosas y la espera merecía la pena.

Cuando llegaban las siete de la mañana, y estaba a punto de amanecer, mi espasmódica pierna dejaba de temblar y el cuerpo se me venía abajo liberando toda la tensión acumulada. La jornada laboral de los funcionarios se daba por concluida y entonces la decepción se apoderaba de mi mente. Sin mediar palabra, huía a esconderme a mi dormitorio; sin pasar por el despacho de mi madre y

dejando intacta la cena que aún esperaba humeante en la cocina. Antes de dormir, mi mente se centraba en la noche siguiente y en reforzar la idea de que ese sería el día en el que recibiría la ansiada visita.

—No tengo hambre —eran mis mecánicas palabras ante la presencia de mi madre junto a mi cama. No podía soportar que apareciese por la puerta y tratase de consolarme diciéndome que a mi hermano se lo habían comunicado el último día, y que debía tener confianza en mí mismo si sabía que lo había hecho bien.

Mi hermano no había necesitado más que una convocatoria para aprobar y no estábamos en la misma situación. Yo tampoco estaba tan nervioso el primer año que me presenté. De hecho, estaba completamente seguro de que aprobaría y de que, además, sería el primero de mi promoción, porque me sentía «el elegido» y desprendía una confianza que había debilitado mis otros sentidos: el de la realidad y el de la humana modestia.

Todos mis antiguos compañeros del instituto se hallaban expectantes y nadie, ni tan siquiera Tyra, había acudido a los habituales encuentros en el foro durante la semana de los resultados. Tampoco escribían en las salas de comunicación del Centro Tesla, el único acondicionado para albergar ordenadores sin sufrir el continuo desgaste electromagnético. Nadie sacaba el tema, ni hacía el más mínimo comentario, siguiendo la estricta confidencialidad obligada por contrato.

Pasó la noche del viernes, y cuando dieron las siete de la mañana del sábado, me quede inmóvil. Tarde varios

minutos en reaccionar porque mi cuerpo se sentía engarrotado y mi mente había sufrido un leve colapso. Me levanté lentamente de la silla en cuanto empecé a ser consciente de la existencia de mis piernas y me acerqué, en silencio y medio sonámbulo, al despacho de mi madre. Ella reposaba la cabeza sobre sus cuadernos de cálculo, completamente dormida y clavándose las gafas en la sien. En ese momento sentí cierta lástima por ella y, lleno de furia, la odie por haberme mentido y haberme dado esperanzas. Ahora sé que solo necesitaba culparla por mi propio temor a haberla decepcionado. Me sequé las lágrimas y salí de casa.

Me escondí bajo el malecón de la cala junto al antiguo faro y observé el mar en calma antes de la salida del sol. La playa estaba casi desierta. Aún quedaba algún rezagado que dilataba el momento del toque de queda. Por ley, aún podíamos permanecer en el exterior a primera hora del día, cuando los rayos de sol aún no eran dañinos. Pero me daba igual. Necesitaba hacer un profundo trabajo de asimilación para aceptar los hechos. Tenía la convicción de que las pruebas no me habían salido mal, y había conseguido bordar el test siguiendo los consejos de mi hermano. A diferencia de lo que creía, no me puse nervioso durante el examen y aún menos en las pruebas físicas, en las que había hecho unas marcas superiores a la media de los entrenamientos. Fui consciente de que quizás no se trataba de analizar mis fallos si no aceptar que otros habían resultado mejores que yo. Y sobre todo, y lo más duro, que no tenía madera de héroe.